

# Sobre la historia de la Orden de Predicadores: algunos caminos para una nueva lectura

Dr. Alfonso ESPONERA CERDÁN OP  
*Facultad de Teología San Vicente Ferrer (Valencia)*

Con toda probabilidad, más bien estoy seguro, que otros hermanos de la Orden de Frailes Predicadores, los dominicos, se merecen más que yo esta promoción al Magisterio en Sagrada Teología. Pero me han promovido a mí, por lo cual estoy muy agradecido a los hermanos que lo han hecho posible, así como por vuestra asistencia a este acto, tanto presencial como telemáticamente, y también a los que deseaban hacerse presentes, pero que por muy diversos motivos no pueden hacerlo. Uno de los requisitos para que se haga realidad la señalada promoción –según nuestras actuales Constituciones 97&I,6<sup>o</sup>– es que el Maestro recientemente promovido dé una lección pública. Y esto es lo que voy a hacer a continuación.

En 1911 George Santayana, el filósofo madrileño, profesor en Harvard, pronunció una conferencia en la que me inspiro para estas mis primeras palabras: Señoras y señores: muy grato me resulta el privilegio de dirigirme hoy a ustedes, y no sólo por el honor que significa, grande sin duda, de haber sido promovido Maestro en Sagrada Teología por el Maestro de la Orden, sino también porque hay algo sobre lo que desde hace tiempo he querido hablar y esta me parece ser ocasión particularmente favorable para ello... Me refiero a unos viejos temas y nuevas lecturas de la Historia de mi Orden Dominicana,<sup>1</sup> principalmente de sus provincias de

1. Cf. Alfonso Esponera Cerdán, «Algunas reflexiones sobre la investigación y elaboración de la Historia de la Orden de Frailes Predicadores», en *Pasados y Presente*.

Aragón y España, así como de América Latina y de su Curia Generalicia. Orden a la que ingresé haciendo el Noviciado en la Provincia de Aragón, realizando mi primera Profesión religiosa el 16 de noviembre de 1965.

Así pues, compartiré unas reflexiones –no sobre la vida y obra de san Vicente Ferrer, como creo que algunos pensaban que iba a hacer–, sino sobre la Historia de la Orden en la rama de sus frailes, a lo que he venido dedicando horas de investigación y he publicado trabajos a lo largo de casi mis últimos cuarenta años. Sus otras ramas (monjas contemplativas, religiosas de vida activa y dominicos seculares) tienen otras peculiaridades que deben ser tenidas en cuenta para su estudio y que no trataré ahora.

Con ello pretendo compartir, con humildad y sencillez, unas conclusiones obtenidas de mi experiencia investigando sobre todo en la Historia dominicana y por dónde vislumbro que hay que continuar trabajando, pues pienso que sin memoria no hay misión ni horizonte para seguir caminando como personas, como Orden y como Iglesia. No quiero echar una mirada nostálgica hacia atrás sobre mi recorrido intelectual, ni proclamar mi testamento intelectual porque estoy un poco mayor y con achaques.

Hay que partir de la visión de la investigación y elaboración de la Historia de la Iglesia desde el pasado Concilio Vaticano II (1962-1965) en adelante, marco de referencia tanto para todo quehacer actual al respecto<sup>2</sup> como del mío personal pues me formé –clerical y civilmente– a partir de fines de esa década de los 60 y 70 del siglo pasado. Considero que hay que tener muy en cuenta la actual comprensión de la naturaleza de la Iglesia y su aportación a la Historia de la Humanidad desde sus particularidades que algunos autores no tienen en cuenta o se quedan en el mero punto de vista sociológico y apologético.

He tenido y tengo una convicción personal: en lugar de detestar o idolatrar a las figuras o instituciones históricas –tanto positivas como negativas– de la Orden y de la Historia en general, hay que hacer un esfuerzo por comprenderlas y conocerlas cada vez mejor. Lo cual no quiere decir para nada, justificarlas. La Historia es una parcela del conocimiento heredada por nosotros tras ser elaborada por sucesivas generaciones de historiadores, pero que debemos aceptar críticamente. Sin olvidar que, aunque nos parezca que no es así, partimos de cuestiones relacionadas con el presente.

*Estudios para el profesor Ricardo García Cárcel*, dirs. R. M<sup>a</sup> Alabrús - J.L. Betrán - J. Burgos, B. Hernández - D. Moreno - M. Peña, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 2020, 45-56 (versión digital).

2. Cf. Alfonso Esponera Cerdán, «La investigación y enseñanza de la Historia de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II», *Anales Valentinus*, Nueva Serie I (2014), pp. 67-83.

Pero ¿cómo escribir Historia y aportar algo? En primer lugar, la Historia de la Orden, como la de la Iglesia, es y debe seguir siendo cada vez más una disciplina histórica, que tiene un objeto y método propios. Dicho método, se ha de regir necesariamente por los principios que regulan la investigación histórica más estricta y en el que han de estar presentes: la *crítica*, que implica un examen riguroso de las fuentes, según las técnicas propias de la crítica interna y externa; la *imparcialidad*, que exige no dejarse llevar por ningún prejuicio, sino por el deseo de encontrar la verdad; y la *pragmático-genética*, que penetra en la génesis interna y en los nexos causales que guiaron la acción de los protagonistas. Al echar un poco la vista atrás sobre mi trayectoria como historiador observo que en algunas ocasiones he pretendido aportar a desmontar ciertas reconstrucciones históricas que pueden calificarse de mitificadoras, aunque no sé si lo he conseguido plenamente. Me refiero por ejemplo a la postura de la Santa Sede y de la Orden ante las independencias de los países americanos; a los dominicos y la Inquisición española; las Escuelas de Lenguas (*Studia linguarum*) de los dominicos hispanos de la segunda mitad del siglo XIII; a la vida y obra de san Vicente Ferrer o de Bartolomé de las Casas, etc.

Además, me parece importante y que por ahora pienso no se ha tenido muy en cuenta, que la Historia de la Orden debe ser interdisciplinar (o sea, que debe tener en cuenta los factores políticos, económicos, ideológicos, culturales, etc.). Y también debe acoger las corrientes historiográficas que van surgiendo (historia económica, social, de las mentalidades, de la mujer, etc.), si bien no hay que dejarse arrastrar por las modas. Sobre todo, sin dejar de lado lo que se denomina Historia de los olvidados, de los perdedores, de las víctimas, a las que me abrieron los ojos mis catorce años de estancia en América Latina.

Así pues, la Historia de la Orden, como todo trabajo histórico, debe intentar reconstruir por métodos rigurosamente científicos, lo más objetivos posibles, su pasado (la mentira se inventó por el primero que quiso mejorar la Historia, ha dicho alguien), su evolución a través de los siglos y los rasgos particulares que la caracterizaron en cada época, según cabe llegar a ellos mediante las huellas que ese pasado ha dejado en los documentos escritos, en los monumentos arqueológicos y en otras fuentes sometidas al tamiz de la crítica histórica. Hay que describir las vicisitudes concretas, situándolas en el marco más general de los acontecimientos profanos, sin ninguna intención apologética o edificante, sino «movidos por el único afán de mostrar y explicar –según la clásica fórmula de Ranke– lo que ha sucedido». Por otra parte, no olvidemos lo que Céline dijo: «No sabemos nada de la verdadera historia de los hombres». Pues hay infinitas vidas que no dejan huella y por tanto no pueden ser estudiadas.

También creo que debe rechazarse todo corporativismo que siempre es empobrecedor y necesariamente parcial: ni los dominicos fueron los

únicos, ni lo mejores. No evoquemos el pasado esplendoroso o doloroso para quedarnos en él, sino para aprender de él y cultivar un diálogo abierto y respetuoso con los demás.

Pero los dominicos a lo largo de los siglos no se han sentido muy atraídos por su pasado. Puedes amar la Orden, más aún deberías amarla, pero el amor no tiene que ser ciego. Cuanto más se sepa de su pasado, mejor. No hay que anclarse mirando el Pasado, sino desde el Presente –evidentemente construido a lo largo del Pasado– e intentar ir construyendo el Futuro.

Sin embargo, para poder hacerlo hay que continuar realizando buenas ediciones de las fuentes históricas (Actas de Capítulos Generales y Provinciales, de Consejos de Provincia y Conventuales, *Lumen Domus*, correspondencia oficial y privada, etc.) que han llegado hasta la actualidad, muchas hasta ahora inaccesibles o poco conocidas. Personalmente transcribí hace ya algunos años la fundamental pero inédita *Historia de San Vicente Ferrer*, escrita por José Teixidor en 1775, y actualmente estoy transcribiendo los importantes trabajos inéditos relacionados con los dominicos en Zaragoza del también dominico José Lamana de 1715.

Sin embargo, la Historia de la Orden no puede limitarse sólo a editar críticamente fuentes, sino que hay que interpretarlas. Y para poder hacerlo lo más satisfactoriamente posible se necesita un conjunto previo de conocimientos e informaciones sobre legislación, instituciones, liturgia, etc., dominicanas, que si no se tiene puede llevar a graves inexactitudes e ingenuidades.

Dejando a un lado el tema de “los latines”, fundamentales hasta por lo menos fines del XVI, no hay que olvidar cuestiones tales como las dificultades de acceso a las fuentes para su consulta, su terminología, sus mecanismos legislativos y estructurales un poco complejos y peculiares. Por ejemplo, según la denominada por algunos “democracia dominicana” en la Provincia de Aragón para elegir Provincial se hacía “por turno” de los reinos, o sea, se seguía una prefijada alternativa de los conventos “grandes” para celebrar el Capítulo Provincial electivo y de los candidatos para ser elegidos de cada uno de sus reinos (Aragón, Valencia y Cataluña principalmente). En Indias esta alternativa, o alternancia, también la hubo desde muy pronto, sobre todo entre españoles y criollos. E incluso en algunos momentos, ya en el siglo XVIII, parecería ser que se instauró una presunta alternativa entre los Maestros Generales hijos de provincias españolas y de provincias francesas.

A continuación, quiero detenerme brevemente en un “lugar común” como es el de la presunta “identidad dominicana”. En primer lugar, no tengo tan claro que dicha identidad exista en relación con otras presuntas identidades eclesiales o no, siendo a veces únicamente algo que se recurre a ella para, en el fondo, no explicar nada. Y es que, si hay una identidad dominicana, creo que hay que buscarla en el amor a la Orden en la que

hemos nacido y estamos viviendo; a su recorrido histórico forjado por personas e instituciones, tradiciones y costumbres, sin exclusivismos; a sus miembros y no sólo a un grupito de ellos, sino a todos, pues todos son los que vamos haciendo su Historia. Sin olvidar que la Historia reciente –a partir de la Restauración de mediados del siglo XIX y en las provincias latinoamericanas creo que incluso el siglo anterior– también es una Historia que casi está por investigar y escribir.

La memoria se construye con relatos y los relatos son multiformes, íntimos y extraños. Cuando esos relatos se expresan en obras artísticas (fachadas, edificios, estatuas, cuadros, etc.), pierden parte de su capacidad de emoción y de empatía. Por ejemplo, no tengo tan claro que haya existido una “arquitectura dominicana” peculiar. Pero en sus construcciones sí que se deben estudiar ciertos elementos, distribuciones, etc. que evidentemente responden a unas características y necesidades por lo menos de los Mendicantes (iglesias para la predicación, estilo de vida común, etc.); si bien no hay que olvidar el mecenazgo de reyes, de la alta y baja nobleza y otros, así como la cultura cortesana y su promoción dominicana que dejaron su impronta. Lo mismo cabe decir de las representaciones iconográficas típicas de cada época, siendo sobre todo expresiones de una mentalidad determinada. Y lo mismo cabría decir de la llamada “liturgia dominicana” a lo largo de los tiempos.

Pienso que ya se ha superado la Historia con moralismos, así como de providencialismos, triunfalismos, ditirambos, etc., y no hay que tener miedo a la *Leyenda Negra*, que además de no tener fundamentación histórica según se investiga al respecto, no es ni más ni menos que un hecho que se ha magnificado hasta convertirlo en un suceso único de proporciones gigantescas.

Por otra parte, las historias personales (Maestros de la Orden, Provinciales, Piores, etc.) y de las institucionales concretas, hay que continuar escribiéndolas porque siempre son necesarias. Hay que narrar hechos y explicar su significado; pero este último no debe, salvo que se justifique de manera convincente, superar su contexto concreto, el lugar y la época en que ocurrió, los objetivos específicos que lanzaron a la acción a sus protagonistas, etc. Nuestros relatos siempre serán parciales y limitados, como lo son los problemas que analizamos. Sin olvidar que integraron, formaron parte consciente o inconscientemente, de algo más amplio en los que hay que situarlos y analizarlos, evitando forjar presuntos impolutos héroes heroicos.

Quizá sólo es una mera inclinación personal, pero me parece muy importante que tanto el personaje como la institución, deben estar siempre enmarcados en profundidad en las ideas y corrientes imperantes en su época, pues si se olvidan, faltará uno de sus aspectos más fundamentales, así como sus expresiones artísticas y su dimensión económica y política que nunca se deben olvidar.

Y es que, como alguien que quiere comprender y juzgar de manera equilibrada, el historiador debe analizar los problemas del pasado de manera compleja, evitando simplificaciones y maniqueísmos.

Pero ¿qué hacer con los escándalos y antitestimonios de su Historia, como por ejemplo su participación en la Inquisición?, ¿o con los rasgos negativos de los biografiados, algunos miembros del Santo Oficio?; ¿negarlos?, ¿ocultarlos para no oscurecer la presuntamente gloriosa Historia y además no dar armas al enemigo? Hay algunos que se han investigado seriamente en la actualidad y ha quedado el asunto bastante delimitado. El problema está en que es muy difícil, y sobre todo lento, que dichas conclusiones pasen a los manuales y nieguen los prejuicios y afirmaciones que se vienen arrastrando desde hace tiempo.

No se explica nuestro pasado ocultando su lastre negativo. Pero tampoco se trata de juzgar dicho pasado con ojos de hoy. Se trata de entenderlo entero. Lo otro es una Historia que solo miraría a un lado, una historia tuerta.

Personalmente, a lo largo de los años en algunas ocasiones he tenido ciertos escrúpulos por publicar mis investigaciones sobre temas que no eran nada positivos de la Historia de la Orden. Pero después de sopesar sus aspectos positivos y negativos y de consultarlo con otros entendidos y orarlo –¿por qué no?– decidí publicarlos. Y es que pienso que por una parte se deben investigar seriamente y así participar en el contemporáneo movimiento general de autocritica, de purificación de las actitudes, y de toma de conciencia de la dimensión histórico-social; y por otra parte, se evidenciará la ejemplaridad de la Orden ya que no se daña su prestigio moral, sino que se ve reforzado al tener el coraje de reconocer los errores cometidos.

También pienso que hay que superar todo lo que pueda haber de pura retórica, de oportunismo y de algo casi folklórico. Tampoco hay que sobre-dimensionar ni su importancia ni su eficacia, pues lo ocurrido en el pasado ahí está. No se trata de borrarlo, ni tampoco de modificarlo *a posteriori* o creer que no ha ocurrido. El que cierra los ojos al pasado queda ciego para el presente. El que no quiere acordarse de él, se hace propenso a cometer similares errores.

No se trata de recordar por recordar, ni de suscitar curiosidad malsana, sino de hacer autocritica y examen de las actuaciones para, reconociendo los fallos, poder continuar con mayor libertad en el camino. Porque, en definitiva, lo que debe preocupar fundamentalmente es el presente y los errores que se cometen o se pueden cometer por desconocer o malinterpretar el pasado.

Además, creo en los procesos constructivos –y deconstructivos– de las identidades colectivas en el “tiempo largo”. Por ello para mi, la Historia de la Orden no es el fruto de una presunta predestinación ascendente que

conduce a sus miembros desde Domingo de Guzmán hasta nuestros días en una sola dirección progresiva. Ni existe una única dirección, ni las memorias a utilizar son espontáneas sino selectivas y, en buena parte, inducidas desde determinadas instancias que marcaron lo que debía recordarse u olvidarse.

Así pues, la Historia de la Orden Dominicana se debe plantear como la suma de relatos contruidos a través de la pluralidad de memorias desarrolladas a lo largo del tiempo, con sus hipotecas respecto a los poderes establecidos en cada momento (Santa Sede, Estado, poderes locales...) y demás características. Y es que hay que procurar descubrir su unidad pero valorando sus diversas expresiones de diversidad, de pluralismo, –positivas en la gran mayoría de ocasiones– que se han venido dando a lo largo de su Historia.

En la Historia de la Orden hay que tender siempre más a *formar* que a *informar*, aunque esto último tampoco se debe olvidar porque a veces se leen afirmaciones que son fruto de la desinformación imperante, inclusive entre presuntos historiadores.

Para algunos, este mayor conocimiento de la Historia de la Orden puede llevar a un relativismo histórico y a la mera crítica contra las instituciones, etc. Ello no ocurrirá si el que la estudia no confunde el ideal de una Orden sin mancha ni arruga con su forma histórica en la que es preciso reconocer sus luces y sombras. Es la tremenda realidad paradójica de que hablaban los Santos Padres de la Iglesia al referirse a ella como *casta materrix*. Por el contrario, se trata de un medio para ser y manifestarse más sincero, y, vista la relatividad de lo que es efectivamente relativo, no dar categoría de absoluto a aquello que no lo es. Gracias a la Historia captamos la proporción exacta de las cosas, evitamos tomar por Tradición lo que no viene más que de anteaer y además ha sufrido alteraciones en el curso del tiempo. Hay que quitar dramatismo a las inquietudes que fatalmente suscitan la aparición de ideas y formas nuevas. Si la Historia es algo más que la simple erudición o el periodismo del pasado, podremos, gracias a ella, situarnos mejor en el presente, tomar conciencia más lúcida de cuanto está realmente en juego y entender mejor el significado de las tensiones que vivimos.<sup>3</sup>

Evidentemente que debemos amar más y más a la Orden, pero el amor no tiene que ser ciego. Cuanto más sepamos de su Pasado, mejor.

Por eso, sigamos investigando, sigamos escribiendo, sobre nuestro Pasado dominicano. Sigamos analizando a los frailes como seres humanos, intentando comprenderlos cada vez mejor. Pero, precisamente para poder hacer bien ese trabajo, renunciemos a rodearle de auras de excepcionalidad, de heroísmos. Veámoslos como lo que fueron: seres vivos, algunos excepcionales.

3. Cf. Yves Marie-Joseph Congar, «La Historia de la Iglesia, “lugar teológico”», *Concilium*, 57 (1970), p. 89.

Solo así, con una Historia escrita a ras de tierra, sin elevarnos en ningún sentido a lo mítico, haremos un trabajo serio, profesional, digno. Podremos contribuir a conocernos mejor y a dominar mejor nuestra realidad cercana. Y a facilitar la vida y la convivencia pacífica a generaciones futuras que, al leer lo que hemos escrito, no se vean incitadas a concebir el pasado como enfrentamientos maniqueos, poblados por verdugos y víctimas, ni a retro-proyectarse y retroproyectar a los lectores –como herederos siempre de las inocentes víctimas– para predicar revanchas contra los supuestos herederos de los verdugos. Que nuestras investigaciones históricas, por el contrario, sirvan para comprender la complejidad del pasado y para evitar, en lo posible, las causas o situaciones que llevaron a sus tragedias.

No quiero terminar sin un reconocimiento público de mi deuda hacia los que de un modo u otro me han acompañado en mi periplo intelectual como profesores, compañeros de estudios, colegas, etc., de ambos lados del Atlántico y con los que he contactado tanto presencialmente como gracias a las lecturas de sus trabajos. Algunos de ellos, con quienes tanto dialogué y con quienes compartí ilusiones, entusiasmos y batallas intelectuales, ya no están entre nosotros porque han ido falleciendo.

Al releer estas reflexiones, observo que más que lo que “debe ser” la Historia de la Orden, he hablado de lo “que intenta ser” al menos en mi caso personal en estos tiempos. Estoy convencido de que la verdadera Historia de la Orden nos posibilita el conocimiento de su vida y de su tradición plural y enriquecedora a lo largo de los tiempos. Y no se trata de un programa de *marketing*, ni de una confrontación de actitudes maniqueas entre buenos y malos, sino de la apasionante Historia de una gran colección de frágiles vasijas de barro que contienen un valioso tesoro. Contradictoria, llena de luces y también con sombras, pero como dijo un poeta: las vidas de los seres humanos –y por tanto de los frailes dominicos– no son blancas o negras, sino a veces gris más claro y otras más oscuro.

Por eso, con alegría y otras veces con dolor, he proclamado y proclamo: ¡Esta es la Orden Dominicana que amo!

Muchas gracias.

Valencia, 3 de octubre de 2023